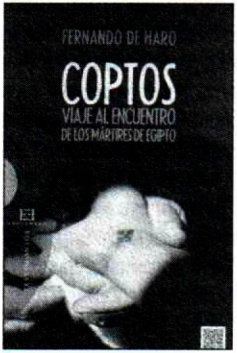

Coptos. Viaje al encuentro de los mártires de Egipto

FERNANDO DE HARO
Editorial Encuentro. Madrid. 2015. 198 páginas.

Ser copto debería ser una forma más de sentirse natural de Egipto. De hecho, etimológicamente, la palabra en su origen significaba solo eso: egipcio. Y esto mismo es lo que piensan con absoluta normalidad la mayoría de los coptos a los que el periodista Fernando de Haro se ha acercado para realizar su excelente documental, *Walking next to the wall* (2014), y cuyas vivencias e impresiones en aquella tierra narra ahora en este interesante libro. Su propósito final es loable: descubrirnos la realidad de la Iglesia copta, una de las más antiguas del mundo, de un pueblo milenario de Oriente Medio que sobrevive orgulloso de su fe frente a la histórica presión musulmana y la persecución islamista, y que trata de mantener contra viento y marea su identidad cristiana oriental incardinada en el ser de la nación egipcia.

La realidad, sin embargo, dista mucho de una normalidad que solo en algunos momentos de la historia ha sido posible para esta importantísima minoría cristiana cuyo número no sé conoce con seguridad: los estudios más realistas estiman que puede sobrepasar el

10% de la población solo en Egipto, lo que allí la situaría en cifras cercanas a los 10 millones de almas.

Este viaje al interior del mundo copto está escrito con un respeto y admiración por su tradición y cultura dignas de elogio. De Haro, curtido en muchas lides periodísticas, traslada su particular forma radiofónica de narrar los hechos a una prosa pulcra y cercana que el lector agradece y que le permite situarse informativamente en el terreno con datos precisos, con entrevistas adecuadas y un conocimiento sólido de la historia de esta rama oriental del cristianismo desde el siglo I hasta la delicada situación de nuestros días.

En su opinión, "los coptos son el testimonio más nítido de que el cristianismo y el islam pueden vivir juntos". Aunque eso sí, la historia muestra siglos de altibajos y una sangría recurrente en su sometimiento al poder terrenal: Bizancio, el califato omeya, el abasí, el fatimí, incluso las cruzadas sirvieron de excusa para su persecución por parte de unos y de otros; sin olvidar épocas de un cierto renacimiento en el siglo XIX y la primera mitad del XX, superar gobernantes dispares en su trato hacia esta minoría (Nasser, el-Sadat o Mubarak) y llegar al reciente acoso de los hermanos musulmanes, a la esperanza de una cierta normalidad con Al-Sisi y al rechazo a un Estado Islámico que quisiera hacerlos desaparecer por considerarlos una "anomalía" en la tierra del profeta.

Evidentemente, la supervivencia copta en un Estado confesionalmente musulmán, incluso cuando la Constitución egipcia haya respetado formalmente el ejercicio de otras religiones, ha sido una tarea complicada, rayana cuando no en el martirio sí en la persecución, el pago de la *yizia* o directamente en la discriminación en el acceso a altos cargos de la esfera educativa, el funcionariado o las profesiones liberales, convirtiéndose así la salvaguardia de parcelas de libertad económica o de libertad de culto en objetivos prioritarios de los coptos. En este sentido, De Haro destaca el papel de los monasterios copto-ortodoxos y de sus monjes, a donde viaja y a los que entrevista, en su supervivencia durante los catorce siglos de dominación musulmana y en la conservación milagrosa de su lengua; y más con los constantes problemas para la construcción de nuevos templos en los países en los que la *sharia* es fuente de derecho.

¿Quiénes son, pues, los coptos? Uno de estos monjes, el abuna Efrén, del Monasterio de San Macario el Grande, responde con claridad: "Somos la gente que desde el siglo I recogió la herencia de los antiguos faraones y que testimonia a Jesucristo. Tenemos nuestros derechos como egipcios, cooperamos con los musulmanes para construir un puente de paz. Queremos construir nuestro país". Visión esta sin duda bienintencionada, a la que suma una opinión no siempre compartida: el daño que haría la confusión entre cristianismo y Occidente, la responsabilidad que las intervenciones en Irak o Afganistán habrían tenido en las represalias infligidas a los cristianos orientales por los radicales islamistas, y la crítica al intento de instaurar los valores occidentales sin tener en cuenta las necesidades concretas de la gente y sin valorar a las minorías cristianas como estabilizadoras de la región. Evidentemente, adecuar libertad, democracia y derechos humanos en algunas culturas radicadas en Estados musulmanes regidos por la ley islámica, puede ser una labor ardua y que debe medirse en las formas, pero no por ello es menos necesaria y recomendable para sus habitantes.

A la búsqueda de información para su documental, De Haro sortea la presión del gobierno que le asigna un funcionario para controlar sus movimientos, recorre las iglesias atacadas o destruidas, visita a los *zabbaleen* (los coptos que se dedican a recoger la basura de

El Cairo), habla con las viudas de los asesinados y recaba a lo largo del libro distintas opiniones de personalidades musulmanas o cristianas. Así, la juez y virtual vicepresidenta, Tahani el Gebali, culpa de los ataques a los Hermanos Musulmanes y afirma que "el verdadero islam respeta todas las religiones y no admite la destrucción de iglesias, de templos o sinagogas". Joussuf Shidom, director de *Watani*, el diario de los coptos ortodoxos, insiste en que "ser egipcio no es ser musulmán, árabe o cristiano sino la suma de identidades diversas" y en que "como coptos no queremos ayuda, queremos que se ayude a todos los egipcios". Osama Abd, rector de la universidad islámica Al-Azhar, cree que "los coptos en Egipto no son considerados una minoría religiosa, son parte integral de la sociedad egipcia, son tan patriotas como nosotros. El islam no incita al odio a los no musulmanes. Somos una nación unida".

Estamos pues ante un libro que nos descubre tanto los deseos como la realidad de una de las minorías más amenazadas del mundo y que, en este recorrido, aborda algunos hechos relevantes en la reciente historia de Egipto relacionados con los coptos, como fue el atentado en la iglesia de Alquidisim, en Alejandría, que acabó con la vida de 22 personas el 1 de enero de 2011. No se sabe quién lo cometió, unos creen que los Hermanos Musulmanes y otros que fue instigado por el propio régimen para luego reforzarse ante Occidente en su lucha contra el radicalismo. Sin embargo, unos días después, las manifestaciones de la Primavera Árabe en la plaza Tahir (esta vez sí, "el Corán y la Cruz juntos") terminarían por obtener la dimisión de Hosni Mubarak y abrir paso a la esperanza de un Egipto democrático, liberal y moderno. Una esperanza rápidamente agostada por la apropiación de la revolución por los Hermanos Musulmanes y su radicalidad reflejada en la nueva Constitución, y después por el golpe militar que destituyó al presidente Mohamed Morsi, el primer presidente elegido democráticamente en el país.

El futuro de los coptos que, como hemos visto, no es fácilmente separable del futuro del propio Egipto, está ahora en manos del actual presidente, el mariscal Abdelfatah Al-Sisi, que abandonó todos sus cargos militares y fue también elegido por casi el 97% de los votantes, y dependerá de la cara que finalmente muestre su Gobierno. En todo caso, y utilizando como metáfora las palabras del propio autor referidas a lo que supone el *niqab:* "sin la cara falta la persona, la voz que escuchas no tiene historia ni personalidad propia. (...) Las mujeres que tapan sus caras están condenadas al anonimato. (...) Decididamente, no todas las culturas son iguales". Seguramente... las democracias tampoco.

JOSÉ MANUEL DE TORRES